

PRÓLOGO *

Cuando se vive en Europa, aunque sea por un corto tiempo, y aunque sea en un país tan relacionado con nosotros como es Francia, no se piensa, sino que siente que América Latina no es un continente compuesto por muchas naciones, sino que es, nuestro país, nuestra nación, nuestra patria, y día a día, vamos viviendo la identidad con cada uno de los nacionales latinoamericanos que vamos encontrando.

Es un lugar común decir que América Latina tiene raíces históricas y afinidades políticas, sociales, económicas y culturales que nos hacen conformar un continente, independientemente del concepto que la geografía tenga de lo que ello significa, pero encerrados en nuestros países, cercados por una educación y una publicidad, que se dice patriótica y nacionalista, nos sentimos diferentes, distantes y hasta opuestos a las gentes del país del lado o cercano, que habla nuestro propio idioma, que reza a los mismos dioses, que vive las mismas desventuras sociales, que enfrenta los mismos problemas económicos, que canta las mismas canciones y que recita y lee los mismos poemas y novelas.

Cuando estamos, aunque sea transitoriamente, como ocurrió con el que escribe, en un país europeo, que no sea España, por mucho que nos movamos en medio de amigos y de gentes solidarias, sentimos que esas otras, lenguas, costumbres, ideas, conductas y sentimientos no son los nuestros y que en cambio, sí que lo son los de aquellos latinoamericanos que encontramos intencio-

* Osvaldo Arias Escobedo, chileno, profesor de la Escuela de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Michoacán, México.

nal o casualmente en nuestro ambular de viajero obligado a salir de su país.

Cómo no sentirnos latinoamericanos, cuando el argentino que recién te fue presentado te dice "vení a tomarte un matecito conmigo" o la joven colombiana, de la que te separan muchos años de edad, te pide que le hables de Neruda y de la mínima ocasión en que alguna vez estuviste con él o cuando ya viviendo en México, recién llegado de Europa, sientes de inmediato que ésta es tu tierra, aunque no hayas nacido en ella, y que aquí ya puedes vivir para siempre y que no será tu segunda patria, sino otra, a la cual vas amando y que tiene los mismos defectos y cualidades, en un tono mayor o menor que la tuya primitiva, y que su gente, sus decires, sus procederres son tan fáciles de entender y de convivirlos como si estuvieras en el lejano terruño originario.

Y cuando pasas por Estados Unidos, también aunque sea brevemente o aún viviendo mucho tiempo, sientes que aquello es como Europa, otro continente, con otras gentes, con muchas semejanzas y pequeñas diferencias con aquellas, pero sí muy distintas a los amigos y conocidos, cubanos, venezolanos, brasileños, peruanos y tantos otros latinos con quienes te tocó encontrarte alguna vez en tu vida.

Es que pensamos que ser latinoamericanos es ante todo un sentimiento que forjó la historia y que nos hizo sentirnos tan distantes, primero de los europeos y después de los norteamericanos, que nos convirtió a pesar, de las realidades económicas y políticas, en un solo continente social y cultural.

Este sentimiento de ser latinoamericano, de formar parte de una misma patria, mucho más grande de aquellas legadas por los conquistadores europeos, fue el de los llamados padres de la patria.

Los forjadores de la mayor parte de la independencia política de los pueblos americanos, entre 1810 y 1824, como Bolívar, San Martín, Hidalgo, O'Higgins y tantos otros, cuando se expresaban con distintas denominaciones de estos pueblos sometidos a España y Portugal o a otras potencias europeas, no pensa-

ban en Estados separados por las fronteras y límites del presente, sino en seres humanos que tenían un mismo enemigo y que había que vencer para hacer realidad un mismo sueño.

Pero la Historia, que está hecha de contradicciones, de avances y retrocesos, de conflictos y avenencias, de éxitos y de derrotas y de tantos innumerables factores y procesos, nos llevó por distintos caminos después de obtenida la independencia política, y hasta llegamos a enfrentamientos armados con los hermanos que se sentían tales cuando el enemigo era común.

Esta realidad hizo reaccionar a varias personalidades que sintieron, presintieron, analizaron y manifestaron lo absurdo de esta situación y retomando el pensamiento de los líderes de la independencia política, lo adaptaron al tiempo en que vivían lo integraron al sentimiento latinoamericanista y lo confrontaron con las agresiones y apetitos de las grandes potencias; ahora reforzados con aquella formada en nuestro propio entorno geográfico. Y José María de Hostos, José María Torres Caicedo, Francisco Bilbao, Juan Montalvo, Carlos Calvo, José Martí y varios más, transitan desde el nombre común que debemos tener, a los proyectos posibles para terminar con lo que nos divide y para enfrentar en conjunto las agresiones evidentes u ocultas destinadas a volvernos nuevamente colonias, aunque no en las formas políticas directas del pasado sino con otras modalidades, bajo distintas formas pero siempre dominados; y dentro de esa política, la división latinoamericana en grandes repúblicas y pequeñas republiquetas, era un arma fundamental para obtener ese objetivo.

¿Por qué ocurre esto? ¿Cómo hemos llegado a esta situación? ¿En qué momento nos encontramos? ¿Qué pasos se han dado para enfrentarla?. Esta y muchas otras interrogantes trata de responder el libro que tenemos ante nosotros.

Los autores están movidos por el mismo sentimiento latinoamericanista que permea nuestra historia, conforman una generación del presente que reunidos en una organización, cuyo nombre expresa exactamente el alto ideal que persiguen: "Asociación por la Unidad de Nuestra América", desde el terreno intelectual,

académico y científico quieren aportar un elemento más a esta tarea, que ahora parecerá utópica, pero que paulatinamente avanza y uno de cuyos primeros pasos, en el momento en que vivimos es hacer conciencia de los obstáculos que encuentra y la necesidad de superarlos, y para ello es fundamental conocerlos y exponerlos profusamente, como pretenden los editores y colaboradores de esta publicación.

En el primer capítulo se revisan los diferentes nombres que ha recibido el continente desde la llegada de Colón, todos originados en una visión europea de las nuevas tierras "descubiertas", hasta el cambio que significó la aparición de una conciencia nacional criolla en el siglo XVIII y consecuentemente el empleo de otra denominación para distinguir a los oriundos de esta parte del continente de los de Europa y de las trece colonias inglesas norteamericanas; primero por parte de la generación de la independencia y después, en el transcurso del siglo XIX por los pensadores que reaccionaban ante nuevos ataques de aquellas potencias que revivían sus aspiraciones coloniales e imperialistas: hasta imponerse finalmente el nombre de América La tina.

Curiosamente, este neologismo, creado por un chileno y un colombiano, residentes en París, fue afianzado, por teóricos franceses que justificaban, con argumentos raciales, la aventura de Maximiliano en México, pero lo novedoso del concepto es que nace con un contenido claramente ant imperialista norteamericano.

Después del análisis de la denominación y el contenido de la idea de América Latina, vemos los diversos proyectos de unidad que acompañaron en la práctica aquella confrontación teórica y los diversos acontecimientos, procesos, instituciones, gobiernos y personajes que los animaron, cuyo momento culminante es el Congreso de Panamá, de 1826, convocado por Bolívar, para desde allí rastrear muchos otros intentos y propuestas integracionistas del siglo XIX.

A continuación, el ensayo que comentamos, nos lleva con la misma acuciosidad de los párrafos anteriores a conocer en detalle el advenimiento del panamericanismo de la década de los 80,

el combate que mantuvieron en su contra, algunos intelectuales y determinados sectores y fuerzas sociales de América Latina que veían la orientación imperialista de esa política.

La búsqueda contemporánea de la integración latinoamericana presenta dos aspectos bien marcados: el pensamiento latinoamericanista presente en las revoluciones mexicana, guatemalteca, boliviana, cubana y nicaragüense, y la formación paulatina de organismos regionales que tienen como característica la exclusión o limitación de la presencia de Estados Unidos en ellas, lo que los convierte en un paso adelante en la concreción de la unidad latinoamericana.

En un segundo capítulo se revisan las relaciones de Europa con América Latina y el Caribe desde sus inicios en el periodo colonial hasta la guerra de 1914 para encontrar el papel que jugó aquel continente en los procesos de integración de América Latina y se comprueba la situación dominante de Inglaterra a partir de la conformación de los diversos Estados latinoamericanos.

La inestabilidad política resultante del proceso revolucionario independentista, el impacto negativo que esa situación tenía en el sector productivo, las dificultades para insertarse en el mercado internacional, la escasa atracción de capitales, la carencia de condiciones favorables previas, como las que presentaba Estados Unidos; una demanda muy restringida, la liberación de la economía después del monopolio en la Colonia y el desarrollo industrial de Inglaterra, iniciadora de ese proceso en Europa occidental, fueron factores que ayudaron a los ingleses a obtener una hegemonía económica en América Latina lo que interfirió mucho con los proyectos de la integración latinoamericana, y con las posibilidades de un desarrollo económico autónomo, que llevó a privilegiar la exportación de productos primarios para financiar el Estado, lo que se ve claramente en las inversiones en la minería.

Sin embargo, el dominio económico británico no era tranquilo siempre estaba amenazado por los intereses y aspiraciones de otras potencias sobre todo Estados Unidos, lo que se ve con mucha claridad en las contradicciones entre ambos que se pre-

sentan en América Central, pero que también abarcan otras áreas y otras potencias con invasiones o actos intervencionistas.

La última parte de este trabajo entra en un detallado estudio económico de América Latina y el Caribe analizando en el periodo pre-guerra mundial de 1914, los diferentes elementos de la estructura latinoamericana y los distintos criterios para clasificarlas, cómo considerarlas participantes de un nuevo pacto neocolonial, cómo ver el modelo de crecimiento hacia afuera en su aspecto negativo o por el contrario, verlo como positivo, los debates al respecto, la situación de cada una de las potencias en este panorama, en el que ahora se integra Alemania, la influencia de ellas en el sector bancario y en las inversiones directas, pero todos estos antecedentes nos llevan a concluir que dado "los fuertes lazos económicos con Europa" eran muy pocas las posibilidades de una "alternativa integracionista estrictamente latinoamericana".

En el tercer capítulo conocemos las dificultades para los proyectos de integración latinoamericanas entre fines del siglo XIX hasta el momento presente las que se ejemplarizan con muchos datos fundamentales del cono sur, especialmente en los casos de Argentina y Brasil y de las evoluciones de sus economías frente a los grandes procesos históricos mundiales, como la crisis capitalista de 1929, la segunda guerra mundial, la conformación internacional de dos grandes bloques, la guerra fría, entre ellos, el término de ese conflicto a nivel de las grandes potencias y la globalización, acompañada del proceso de regionalización, en que ahora estamos inmersos.

Argentina tiene una evolución muy particular porque es el país donde la influencia británica desde los comienzos del periodo es indiscutible mientras que la mayor parte de América Latina se desarrollaba en conexión con la economía y política estadounidense.

En cambio Brasil, que había comenzado con una situación igual a la de Argentina, durante la guerra de 1914 avanza hacia la órbita norteamericana, lo que unido al afán de liderazgo

de ambos países en la parte sur del continente, impactaron negativamente sobre sus tibios intentos integracionistas.

Un hecho destacable del periodo que va desde la crisis del 30 a la segunda guerra mundial, es el incremento de los vínculos comerciales de América Latina con Alemania y como aumentan las exportaciones e importaciones entre ambos sectores, pero este hecho no disminuye las diferencias entre Brasil y Argentina y por el contrario se agravan durante la segunda guerra mundial por la actitud neutralista de los argentinos y la política de compromiso militar de los brasileños al lado de Estados Unidos.

La guerra mundial de 1939 a 1945, fue un acontecimiento que influyó negativamente en las relaciones de América Latina y Europa porque este continente una vez terminado el conflicto, se vio en la necesidad de replegarse sobre sí mismos para enfrentar los graves daños que había tenido y los países latinoamericanos, para hacer frente a esta situación recurrieron a políticas autárquicas y nacionalistas que nuevamente afectaron cualquier intento de integración.

La guerra fría acercó políticamente a Estados Unidos e Inglaterra en su oposición a la Unión Soviética, pero no hizo desaparecer su enfrentamiento en el escenario económico latinoamericano, especialmente en el argentino.

La conformación de la Comunidad Económica Europea en los años sesentas, posibilitó el escape latinoamericano a la influencia norteamericana, mediante la aproximación a ese bloque y también algunos países del cono sur al bloque soviético, aunque solamente en el plano económico y diplomático, pero no en el plano político ni en el estratégico.

Las cumbres iberoamericanas, aunque no representan exactamente el ideal integracionistas latinoamericano han sido un paso progresivo al adoptar acuerdos de defensa de principios internacionales favorables a la soberanías de las naciones latinoamericanas, como ha sido la integridad de sus territorios y la no aplicación de leyes extraterritoriales de las grandes potencias a esta región.

En el cuarto capítulo, un estudio de las experiencias de los principales intentos integracionistas, como el Pacto Andino, el Grupo de los Tres y la Asociación de Estados del Caribe, nos demuestra que entre los factores contrarios al proceso, además de los intereses de las grandes potencias, se encuentran otros de carácter local como los intereses de las élites nacionales, los problemas fronterizos, los acuerdos cupulares de los gobiernos y la escasa o ninguna participación de la sociedad en general o de los empresarios en particular.

En el Pacto Andino se observa que a pesar que avanzó en sus primeros años en las tareas de fijar sus objetivos fundamentales, establecer sus mecanismos de acción y reglamentar las inversiones extranjeras, en sus diez primeros años de vida sus resultados fueron pobres y los beneficios del acuerdo se fueron reduciendo paulatinamente.

Otra alternativa de unión continental ha sido el Grupo de los Tres, integrado por Venezuela, Colombia y México, que indica el surgimiento de potencias medias regionales y sus aspiraciones de autonomía relativa, dentro de una estructura internacional cada vez más interdependiente y a pesar de grandes problemas como es el grado de industrialización tan diferentes de Venezuela y Colombia en relación con México, este intento parcial de integración ha experimentado avances.

Una muestra de ello fue la formación del Grupo Contadora, en que a los integrantes de los Tres, se agregó Panamá y juntos dieron un ejemplo de la búsqueda de soluciones propias a problemas de la región en la década de los 80, como era la estabilidad centroamericana, la posibilidad de guerras fronterizas y el peligro de una intervención directa norteamericana en la región.

La Asociación de Estados del Caribe, acertadamente es calificada como un reto para la zona, porque su heterogeneidad es mayor que las otras organizaciones regionales, porque el comercio en la cuenca del Caribe no es prioritario para países que en primer lugar colocan sus negociaciones con el GATT, los Estados Unidos, la Unión Soviética y el Grupo de los Tres, porque sus con-

flictos fronterizos son numerosos, por el aislamiento al cual está sometida Cuba lo que le impide, a pesar de sus deseos, integrarse plenamente a la Asociación, pero hay aspectos que los acercan como es el caso del turismo que es la principal actividad económica de la mayoría de esos países

Estos tres avances en el proceso de integracionista latinoamericano demuestra que a pesar de la dependencia económica de muchos países de América Latina con respecto a Estados Unidos, es posible avanzar y desarrollar políticas de relativa autonomía política.

Esta táctica parece ser la única viable, por el momento, para alcanzar la integración si consideramos que, históricamente Estados Unidos está en contra y que su oposición es ayudada por la desigualdad de potencialidad económica y política entre los norteamericanos y los latinoamericanos y caribeños y que dentro de estos, su propia heterogeneidad muchas veces los ha llevado a conflictos y contradicciones graves.

El capítulo quinto analiza los diversos aspectos de la contradicción entre el panamericanismo hegemónico de Estados Unidos, expresado en diversas formas, y los intentos de América Latina y el Caribe por alcanzar una integración independiente de aquel poder.

La identificación de Estados Unidos con una política de dominación hemisférica es de carácter histórico y tiene su origen doctrinario en el sentimiento de nación elegida por Dios, derivado del puritanismo cromwelliano, hasta la conformación de la teoría del destino manifiesto, culminada a mediados del siglo XIX.

El traslado a la práctica de este ideal hegemónico se ha efectuado a través de distintas etapas, cada una de ellas relacionadas con el panorama mundial y con los intereses externos e internos de la potencia del norte.

Desde la Independencia hasta el siglo XIX el Estado norteamericano se conforma y fortalece a través de su expansión territorial, su fuerte atractivo inmigratorio, su política de exclusión de la presencia europea en el continente, declarada en la doctrina

Monroe; la unificación política después de la derrota de los estados esclavistas del sur, hasta finalizar el siglo, iniciando una acción directa hegemónica a través del panamericanismo y la intervención en la independencia cubana.

Entre el final del siglo XIX y el término de la segunda guerra mundial, ya dominada la región del Caribe y América Central, el panamericanismo es el vehículo para imponer su hegemonía al resto del continente.

A partir del año 1945 y hasta el 69, se produce el periodo de mayor auge de esta política, debido a la emergencia de Estados Unidos como potencia global por el papel relevante que jugó en la victoria sobre los países del eje nazi y japonés, lo que permite el establecimiento del sistema interamericano, el desarrollo de la lucha global contra el comunismo, el alineamiento continental, con excepción de México, en contra de la revolución cubana; el lanzamiento de la Alianza para el Progreso y la introducción de la doctrina de la seguridad nacional, especialmente en las fuerzas armadas latinoamericanas.

Pero este avance en el proceso de la hegemonización indiscutida se erosiona en parte entre los años 1969 y 1990, porque en la política de confrontación entre el este y el oeste se vive un periodo de distensión y porque en América Latina aparecen algunos procesos revolucionarios y nacionalistas que Estados Unidos tiene que enfrentar para neutralizarlos o revertirlos.

El último periodo de este intento clasificatorio es el que se inicia con el derrumbe del sistema soviético y sus aliados europeos orientales, el fin del bipolarismo y el nuevo escenario económico caracterizado por la globalización y el neoliberalismo.

En todas estas etapas, una línea constante de Estados Unidos ha sido mantener sus objetivos generales expresados en el prevenir o eliminar el alineamiento latinoamericano con alguna potencia rival u hostil a su control continental, el asegurar su presencia económica y el procurar el establecimiento de regímenes que aseguren el cumplimiento de los objetivos anteriores.

De esta periodificación y examen de los objetivos norteamericanos permanentes se desprenden varios rasgos que caracterizan las relaciones interamericanas, pero el que merece más atención es el relativo a la seguridad nacional, porque ella no se define en relación a las fronteras de Estados Unidos, sino que tiene un carácter transnacional con sus intereses económicos en todo el mundo.

El grado de incompatibilidad entre la integración latinoamericana y caribeña y la hegemonía estadounidense está demostrada en diferentes hechos, como el nivel de prioridad que tiene para los Estados Unidos la zona del Caribe, la identidad hegemónica de fondo, aunque diversas en forma, del internacionalismo y del aislamiento norteamericano y sobre todo el hecho histórico del Congreso de Panamá de 1826 convocado por Simón Bolívar, en que numerosos documentos prueban concepciones muy diferentes sobre la unidad de América Latina, sus relaciones con Estados Unidos y la política a desarrollar en el futuro.

Estas diferencias, aunque siguieron siendo evidenciadas regularmente, se hicieron mucho más explícitas a raíz de la intervención norteamericana en la independencia de Cuba y en la Primera Conferencia Panamericana celebrada en Washington en 1889.

El panamericanismo mantenido como política oficial interamericana en la mayor parte del siglo XX sufrió modificaciones importantes al terminar la guerra fría porque se acentuaba la hegemonía político-militar de los Estados Unidos, pero emergían nuevas potencias económicas, como Alemania y Japón, y se consolidaba la unión europea.

En este marco mundial el gobierno norteamericano hizo conocer sus objetivos básicos en su relación con América Latina, sintetizados en libre comercio, integración económica continental, fortalecimiento de la democracia, combate al narcotráfico, al contrabando de inmigrantes y a la degradación ambiental, y el estímulo a programas para combatir la pobreza y mejorar las condiciones de vida de la población.

Estos objetivos permanentemente buscados por Estados Unidos y adecuado a sus intereses y políticas actuales, conforman un neo panamericanismo que está muy lejos de una integración latinoamericana independiente y autónoma tendiente a favorecer a su población.